

Configuración de subjetividades a partir de la visibilización del dolor

Subjectivities settings from the visibility of pain

Angela María Cadavid Marín¹
Gloria Inés Correa Aristizábal²
Maryluz Aponte Sarmiento³
Yuliana Andrea Marín Londoño⁴

¹Universidad de Manizales, Colombia, email: acadavid@umanizales.edu.co

²Universidad Tecnológica de Pereira, Colombia, email: gica@utp.edu.co

³Universidad Católica de Pereira, Colombia, email: maponte978@hotmail.com

⁴Universidad Católica de Pereira, Colombia, email: yuliana.m.l@hotmail.com

Autor para correspondencia: acadavid@umanizales.edu.co

Resumen: El presente artículo, permite evidenciar la configuración de subjetividades de algunos adolescentes a partir de la visibilización del dolor, en tanto son portadores de una historia que los ha afectado, ya que han sido protagonistas directos de situaciones de violencia en escenarios que reclaman justicia social, tanto para sus familias como para la comunidad donde se movilizan.

Palabras clave: aislamiento, cohesión familiar, desarraigo, dolor y subjetividad.

Abstract: The following article allows to evidence the configuration of subjectivities of some adolescents based on the visibilization of pain while they are carriers of a history that has affected them, for they have been direct protagonists of violent situations in sceneries that claim for social fairness for both families and communities where they mobilize.

Keywords: isolation, family cohesion, uprooting, pain and subjectivity.

Recepción: 17 de noviembre de 2017

Aceptación: 28 de junio 2018

Forma de citar: Cavadid, Angela, Gloria I. Correa, Maryluz Aponte & Yuliana A. Marín. (2018). Configuración de subjetividades a partir de la visibilización del dolor. *Voces De La Educación*, 3(6), 52-63.



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

Configuración de subjetividades a partir de la visibilización del dolor

Asuntos que movilizan

*“Del sufrimiento surgen las almas más fuertes,
los caracteres más sólidos, están plagados de cicatrices”.*

Gibran Jalil

Colombia se ha caracterizado por la presencia de grupos al margen de la ley, los cuales se han fortalecido a través de los años. Estos grupos en su lucha por controlar vías y zonas que les permitan desarrollar negocios ilícitos, la mayoría de estos relacionados con el narcotráfico, han convertido a la población civil en blanco para llevar a cabo sus propósitos, generando grandes conflictos, entre ellos, la violencia, que generalizada recorre el territorio nacional.

En este sentido, pensar la violencia en Colombia implica reconocer dicho conflicto en que se ha vivido por más de 50 años. Para la Organización Mundial de la Salud [OMS], la violencia se caracteriza por “...el uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo o comunidad, que cause o tenga mucha probabilidad de causar lesiones, muerte, daño psicológico, trastornos del desarrollo o privaciones”.

De esta manera, reflexionar acerca de las situaciones de violencia que se han presentado en los diferentes lugares del país, el impacto y las secuelas que han suscitado y los sentimientos, que como el dolor y miedo se han desencadenado, paralizando a la población civil, en cuanto a que vivencian directamente el desarraigo de su tierra, el reclutamiento, la extorsión, los asesinatos, la desaparición forzosa, las amenazas, entre muchas atrocidades; nos lleva a querer indagar cómo todas estas situaciones y acontecimientos configuran la subjetividad de los sujetos que las padecen.

Con el transcurrir del tiempo, estas atrocidades han hecho que los protagonistas directos, vayan en detrimento, en tanto, no solo esta problemática los afecta emocionalmente, sino que los vuelve más vulnerables; vulnerabilidad que se refleja en la pobreza extrema, dificultades para acceder a la educación, la inserción comunitaria, la desafiliación de los sistemas de producción, dificultando el desarrollo personal y social.

...todos estos aspectos, y muchos más, son modificados, influidos, trastocados y tergiversados por el conflicto armado. Cuando hay actores armados en un territorio todo cambia, las relaciones están permeadas por el miedo y la desconfianza, que se constituyen a su vez en los elementos más importantes en la ruptura de redes sociales. (Ruiz, 2002, p.28)

Toda esa violencia afecta a los sujetos que la vivencian directamente, en tanto su manera de pensar, ser, actuar y estar en el mundo se ve influenciada por estas experiencias dolorosas. El dolor ha dejado en ellos huellas y marcas desgarradoras del que no se puede ser ajeno; esto implica reconocer la historia de atrocidades en la que el país ha vivido inmerso de una manera silenciosa y dentro de ella a todos los sujetos a los que se les han acallado sus voces, y que a la vez, necesitan ser recuperadas y escuchadas.

Pensamos en “las cosas pasadas”; las pensamos, las reavivamos, las somos, pero en realidad, no son “cosas” lo que la memoria recupera; recupera las “palabras” engendradas por la “imagen” de las cosas que, “pasando por los sentidos”, imprimieron en el alma como huellas. (Xirau, 1985, citado por Burbano y Cortez, 2013, p.19)

Se trata de una práctica de memoria, donde evocar, no es tanto recordar cómo sucedieron los acontecimientos, sino poder reconocer a partir de lo ocurrido los sentimientos e interacciones generadas para identificar la configuración de subjetividades. “Relatar la vida, no es vaciar una sucesión de acontecimientos vividos, sino hacer un esfuerzo para dar sentido al pasado, al presente y a lo que éste contiene como proyecto” (Valdés, 1988, p.297). Reconocer que venimos marcados por una historia de dolor, caracterizada por la violencia, obliga a revisar esa realidad, donde la memoria aportará elementos importantes para verificar además, las implicaciones que involucran al colectivo donde el sujeto se encuentra inmerso. Visibilizar los eventos de dolor por medio del ejercicio de memoria, permitirá a los sujetos considerar sus experiencias, compartirlas con otros y darles una dimensión social y a nosotros como investigadores explorar su mundo para comprender su realidad.

Es un desafío que se nos presenta, al salir de los esquemas de otras investigaciones que solo se han preocupado por el fenómeno de la violencia como tal y no han entrado a elaborar relaciones epistémicas con los sujetos para comprender el origen de sus situaciones particulares y entrar sin prejuicios a escudriñar y reconocer sus vivencias.

En definitiva, apostar por la comprensión acerca de la configuración de subjetividades en algunos adolescentes que padecen la violencia a partir de la visibilización del dolor, nos lleva a considerar este tema no únicamente como particularidad, sino a entender la realidad desde su propio lenguaje; lenguaje que nos permitirá reflejar qué es lo que persiste en el interior de cada uno y que al mismo tiempo, persiste en el colectivo donde se encuentran inmersos, teniendo en cuenta, como lo plantea Galeano (1996) que el ejercicio de memoria alude al pasado para aprender de él y transformar el presente. “El pasado es, por definición, un dato que ya nada habrá de modificar. Pero el conocimiento del pasado es algo que está en constante progreso, que se transforma y se perfecciona sin cesar” (Bloch, 1982, p.49).

Con este trabajo, queremos dar a conocer el mundo de algunos adolescentes víctimas del conflicto armado, sus interacciones, sus vivencias, sus problemáticas, de manera de poder encontrar con ellos la ruta para reconocer sus desenvolvimientos, sus movilizaciones y brindar una posible solución a riesgo de generalizar las problemáticas en lugar de particularizarlas, donde se ha dado el surgimiento de sus propias voces para nombrar lo innombrable.

Abordaje del recorrido metodológico

Para esta investigación decidimos partir de una investigación con enfoque cualitativo, la cual permitió el acercamiento a la realidad de cada uno de los sujetos escogidos, para conocer desde su propia voz las vivencias de manera directa con la violencia e identificar de qué manera el dolor al que se han enfrentado, ha configurado sus subjetividades modificando sus formas de pensar, ser, actuar y estar en la vida cotidiana.

Esto nos lleva a trabajar a partir de un método fenomenológico, teniendo en cuenta que este “...describe las vivencias y aclara el sentido que nos envuelve en nuestra vida cotidiana, es decir, el significado del ser humano, la experiencia que somos, en síntesis, lo que somos” (Gurdián, 2007, p.116); lo que permite señalar consideraciones para contemplar el recuerdo y el testimonio dentro de un marco de referencia para abordar este tema como una prioridad para quienes constantemente han sido víctimas de la violencia y sus voces han sido acalladas por el dolor, el miedo y la frustración. Frente a este panorama, Beristain (2000) menciona que

...muchas sociedades se han planteado la necesidad de conocer el pasado, para dar voz a las víctimas cuya experiencia había sido silenciada o manipulada y para que la sociedad entera, una buena parte de la cual había vivido al margen de estas atrocidades, reconociera lo que había sucedido. (p.9)

Con base en los anteriores planteamientos, surge la necesidad de trabajar con algunos adolescentes entre los 14 y 20 años de edad, pertenecientes a diferentes barrios del municipio de Pradera, Valle del Cauca, quienes coinciden en haber vivido situaciones de dolor, causadas por el conflicto armado en Colombia en sus distintas manifestaciones y cuyas consecuencias han dejado en ellos cicatrices internas y externas.

Este panorama propicia un interés por conocer cómo se ha configurado la subjetividad a partir de la visibilización del dolor, donde por medio del ejercicio de recopilación de historias de vida, la memoria se convierte en una potencia de la realidad vivida, en tanto nos permite evidenciarla por medio del lenguaje y hacer significativos los acontecimientos por parte de quienes los viven.

El sujeto a través de procesos como el pensamiento y el lenguaje que se dan en la relación con el mundo y los otros, va adquiriendo autonomía y representándose un mundo exterior desde sí mismo. Así se va liberando de su naturaleza salvaje, logrando dominio de su voluntad y sus actos. Ingresa así al mundo de las relaciones sociales normadas, produciéndose a sí mismo. Esta capacidad de autoproducción lo lleva a conformar una singularidad a la configuración de su subjetividad. De tal manera, un individuo subjetivado hace representaciones propias y selectivas del mundo que lo rodea, lo que le permite de esta manera reconocer e interpretar su realidad. (Díaz, 2012, p.1)

De esta manera, se plantea la inquietud de establecer vínculos entre la visibilización del dolor y la configuración de la subjetividad, porque se considera según Díaz (2012) que es aquí donde

El fenómeno subjetivo es simultáneo, es social e individual, interno y externo al sujeto, es propio de niveles que circulan y atraviesan la historia y las emociones de cada vivencia acontecida, conectando de manera directa, consciente y no consciente, los sentidos y significados presentes en las emociones de sus experiencias, lo que le generan nuevos sentidos subjetivos. (p.7)

Con base en lo anterior, se realizaron con estos adolescentes entrevistas para escuchar sus historias de vida, las cuales se constituyeron en un escenario propicio para que expresaran el dolor que han tenido que padecer como producto del conflicto donde se han visto

afectados no solo ellos, sino sus familias. Escuchar sus historias de vida, permite a la vez, reconstruir los acontecimientos que llevan a la transformación de situaciones y mejoramiento de la calidad de vida de las víctimas, porque al narrar lo sucedido, se está evocando y estructurando los recursos desde un punto de vista subjetivo; es decir, a través de su propia mirada, vivencia y experiencia, aspectos que contribuyen a configurar su esencia personal y social.

El proceso de reconstrucción de cada historia de vida, contiene un significado especial para el entrevistado: reconocer y reapropiarse de la vida misma, compenetrarse con su realidad, con una vivencia, y al mismo tiempo, tomar cierta distancia con ella, objetivarla con un alto componente de alegría y dolor. (Valdés, 1988, p.297)

Este proceso de reconstrucción, permite de manera libre y autónoma expresar emociones y sentimientos a los entrevistados de acuerdo a la percepción de su realidad personal, familiar y social, lo que a la vez les posibilita convertirse en actores protagónicos de su propia historia, mediante procesos sociales, ligados a los narrativos, donde el ser, pensar, sentir y actuar, se convierten en el escenario propicio para exteriorizar todo el dolor que ciertas situaciones les han generado, como posibilidad de transformarse y visibilizarse, lo que a la vez, les permite la configuración de su subjetividad. “El hombre se enriquece como individualista de su experiencia social, a la vez que la sociedad se alimenta de la capacidad de los hombres para asumir la condición de sujetos protagónicos” (Zemelman, 2012, p.235).

Encuentros a partir de lo escuchado

La presente apuesta investigativa permitió reconocer a los investigados como sujetos con conciencia histórica que dentro de su ser y estar en el mundo, tienen la potestad de reconocerse, reflexionarse y actuar superando los eventos de violencia a los que se vieron sometidos. Durante las entrevistas donde contaron su historia de vida, los adolescentes manifestaron sentimientos de rabia, dolor y angustia frente a las situaciones a las que se ven enfrentados, donde las pérdidas físicas y materiales de las que fueron testigos directos permitieron reconocer no solo las circunstancias violentas, sino también las transformaciones, modificaciones inesperadas y abruptas en sus formas de sentir, pensar y actuar y estar en el contexto actual, que lamentablemente fueron y son comunes en muchos otros sujetos en el territorio nacional.

Estos testimonios nos dan cuenta de cómo los adolescentes entrevistados fueron sorprendidos por la violencia que preponderaba en sus contextos; acontecimientos impuestos que los fuerza a convertirse en protagonistas principales de una historia de dolor y miedo, donde la muerte de sus seres queridos, en muchas ocasiones los ha obligado a callar; sin embargo, estos adolescentes quisieron hablar con la consideración de mantenerse anónimos y dar a conocer su testimonio. De esta manera, identificar y analizar que cuando el dolor es visibilizado, surgen todo tipo de sentimientos y emociones que aluden a pensar la configuración de subjetividades en los sujetos entrevistados, a partir de tres premisas:

1. Aislamiento como mecanismo de protección

“Si no está en tus manos cambiar una situación que te produce dolor, siempre podrás escoger la actitud con la que afrontes ese sufrimiento”

Viktor Frankl

Al hacer memoria a través de la historia de vida, las víctimas del conflicto armado precisan y hacen evidentes las huellas que a nivel individual y colectivo les ha dejado la violencia, la cual ha estado permeada en la realidad que han tenido que afrontar y que confluyen, reforzando momentos críticos y provocadores a nuevas situaciones, como en el caso de uno de los entrevistados, en quien se hacen evidentes las manifestaciones de aislamiento como mecanismo de protección, las cuales son definidas por Freud “como mecanismos inconscientes que se encargan de minimizar las consecuencias de un evento demasiado intenso, para que el individuo pueda seguir funcionando normalmente”.

Estos mecanismos se evidencian por el mismo miedo y temor del que han sido víctimas, por la pérdida de un ser querido. Esto se puede referenciar en una de las entrevistas: “Yo estaba sentado en una piedrita y mi papá arriba con mi hermana. Se formó una balacera y ahí cayó y lo mataron”; terror ejemplificante que lleva a la extensión de la incertidumbre, dejando secuelas de miedo y ausencia que lo llevan a asumir una actitud de impotencia que se ve reflejada en la expresión: “A mí me dio mucha rabia y me dio por salir y era mi papá que estaba ahí tirado”.

En este sentido, la población adolescente vive en la incertidumbre de que en cualquier momento la violencia les arrebatará un ser querido, despojándolos de la tranquilidad y llevándolos a asumir un rol de adulto que los obliga a pensar en la protección de los demás miembros de la familia, en tanto se sienten responsables por la ausencia de la figura paterna; como lo manifiesta uno de los entrevistados cuando se le pregunta acerca de si se siente responsable y a cargo de su familia después de la muerte de su padre: “Sí, pero a mí me gusta trabajar en mecánica y carretilla y lo que gano, lo gasto en comida para mi familia”.

Con base en lo anterior, se puede pensar que el contexto de violencia, limita en los adolescentes la posibilidad natural de vivir el dolor, porque les roba la expresión de emociones y sentimientos generados por la misma situación de violencia que los lleva a sobrevivir, resistir y reconstruir sus historia de vida, haciendo eco en aquellos eventos que son significativos en su vida, como en el caso de este joven quien encuentra en el fútbol, una razón importante para resarcir el dolor y proyectarse a futuro, porque era precisamente el deporte que compartía con su padre.

2. Sentimientos de desarraigo y añoranza por los lugares de memoria.

*“...Creo que el desarraigo es para el ser humano una frustración
que de una u otra manera, atrofia la calidad de su espíritu”
Pablo Neruda*

A partir de los eventos y acontecimiento de violencia, las emociones y sentimientos, en este caso, de adolescentes, se afectan transcendentalmente, alterando las percepciones frente a la añoranza por lo propio, como producto del desplazamiento forzado.

Tal es el caso de Colombia, donde las personas han estado expuestas a una constante de vidas móviles como son nombradas por Molki (citado por Meertens, 2002), haciendo

referencia a la añoranza frente a su vivir anterior al evento que los obliga a movilizarse; teniendo presente el sentimiento de inseguridad y desconfianza que les dificulta seguir construyendo su identidad en un nuevo contexto, situaciones que se evidencian constantemente con otro de los entrevistados como es el desarraigo de su tierra. Esta situación, se hace latente en su vida y entorno donde se generaron fuertes impactos a nivel emocional, presentándose sentimientos de impotencia, amargura, tristeza, desesperación y rabia, evidentes en su comportamiento y expresiones, cuando manifiesta: “Allá uno tenía su casa propia... ¡y era propia! y de un momento a otro, porque a esos personajes les dio la gana de no dejarlo quedar... eso es bastante doloroso”.

Es así como se referencia un sentimiento de melancolía por el lugar en el que vivió; se evidencia que los lugares de memoria son extrañados, su ausencia es requerida como parte de recuperar su vida, no como un sitio demográfico, sino como un estilo de vida que le fue arrebatado violentamente, sin posibilidad de asimilarlo, para prepararse a un nuevo estilo de vida; acompañado de una nostalgia paralizante afectando el proyecto de vida de quien lo vive, porque para ningún ser humano es fácil tener que abandonar sus pertenencias culturales y sociales, si se tiene en cuenta que son las bases sobre las cuales se ha construido su vida y que intempestivamente son colonizados por actores al margen de la ley. En este sentido, se acentúa aún más, un sentimiento de desarraigo, entendido este como:

El sentimiento de no identificación con la sociedad en la que el sujeto está inscrito y una añoranza por aquella en la que sí se sentía integrado. El desarraigo es una combinación de sentimientos encontrados. Sin embargo, aunque a veces siente angustia por sentirse lejos de su país de origen, por su familia primitiva, la mayoría de las veces se asume esta situación. (Pérez, 2012, p.63)

En esta misma lógica, continúa la entrevistada, con expresiones dolorosas, cuando se refiere a los personajes que generaron dicha situación, diciendo con voz temblorosa: “Sentí mucha rabia y miedo porque por culpa de ellos, mi familia y yo, tuvimos que salir despatriadamente”. Un sentimiento de temor que hoy, después de tantos años sigue siendo evidente, identificándose en esta joven, reflexiones recurrentes sobre la experiencia sufrida, evocando su vida pasada, en lo que respecta al entorno y contexto donde estaba rodeada de plantaciones, animales y buenos amigos, condiciones que hoy día no están presentes en su vida. “Acá uno no puede hacer la misma gestión”, interpretándose como que a pesar de todo, en su grupo familiar, estar vivos y en un lugar seguro, no es igual a las probabilidades de desarrollo que ella cree, tenían en su casa, como reiteradamente lo nombra -aun en medio de largos silencios-.

Las experiencias vividas por esta adolescente, estuvieron condicionadas a momentos de terror cuando se sentían amenazados y tenían “compañía” según refiere: “Nosotros lo primero que hacíamos era que como podíamos, nos metíamos todos con mis hermanos debajo de la cama, así fuera de lado, para caber todos”; visibilizando que su cotidianidad estaba impregnada de momentos de angustia que aportaron a configurar su subjetividad, generando sentimientos de inmunidad al estar reunidos, como estrategia de afrontamiento a la violencia de la cual podían ser víctimas.

En este sentido, también expresa: “Mi madre del miedo, andaba con todo el ‘batallón’, manteníamos para arriba y para abajo, íbamos a la tienda, a la iglesia, al parque...”; lo que confirma que se asumía una confianza en su inmunidad al estar reunidos. Por lo tanto, la ruptura identitaria manifestada durante la narrativa coincide con Pérez (2012), quien plantea:

El desarraigo es interpretado como la falta de interés o lazos con el entorno en que se vive, es el inconstante estar aquí pero ser de allá, no pertenecer a ningún lado, sin embargo extrañar algo que no se tiene o que se perdió en el transcurso de la vida, es un devenir de esta era. (p. 63)

3. La cohesión familiar como elemento importante para superar las situaciones difíciles.

"En todas las maneras concebibles, la familia es un vínculo con nuestro pasado y nuestro puente hacia el futuro".
Alex Haley

La violencia en Colombia pareciera que se ensañara con algunas familias de nuestro país, donde su historia de pérdidas y sufrimiento no hace referencia a un solo momento, sino a numerosos eventos consecutivos cargados altamente de dolor que podría romper con la capacidad de salud mental que tiene un sujeto, como lo enuncia Rodríguez y Rubiano (2016) “...efectos del conflicto podrían mantenerse y transmitirse a la siguiente generación en tanto el contexto de violencia no cambie” (p.7); limitando las posibilidades de desarrollo social y económico del país.

Como lo narra otro de los entrevistados, al inicio del proceso para describirse: “... haber pasado por muchos problemas y dificultades que han sucedido en el transcurso de mi corta vida” y que rápidamente enuncia: “mi padre el que tuvo que irse para que nosotros pudiéramos seguir, ya que él fue asesinado”; entendiendo en este sentido, el sacrificio del padre para llegar vivos y avantes, a un nuevo municipio y así poder continuar con su ritmo de vida.

Durante el encuentro, este adolescente se mueve entre sus recuerdos, rememorando principalmente las experiencias del compartir en familia, de la ayuda al otro, pero de igual manera del abandono e imposibilidad del estado para brindar condiciones de seguridad social en el territorio; información que entrega con cierto recelo para hablar de la manera en que las propias familias, hacían el levantamiento de sus muertos, debido a la indiferencia y ausencia de las instituciones, para realizar esta labor; haciendo referencia además, a la forma tan cruel y fría, como los grupos al margen de la ley, decidían si alguien continuaba o no con vida, haciendo alusión además, a la cantidad de muertos que a su corta edad ha visto.

Lo anterior hace referencia a la ausencia del Estado y que como lo plantea Ibáñez (2010) “la población civil...está sometida a otros dos niveles de violencia: el abandono y la inoperancia de las instituciones que debería atenderla...” (p.4). Quienes viven esta realidad, desarrollan estrategias de afrontamiento de manera empírica que les permite crear una calidad de vida adecuada a su contexto en medio de la guerra y las carencias, o como lo

enuncia de Sousa (2013) “el conocimiento después de la lucha y el conocimiento nacido en la lucha”. La narrativa de este joven, facilita ese encuentro en varios de sus enunciaciones: “solo veíamos cuando iban a ejecutar a alguien porque lo hacían en toda la plaza... de todas esas cosas uno se vuelve valiente...no sé, creo que son cosas que a mí me han hecho crecer... vivir alejado de gente que está haciendo las cosas incorrectas”.

En medio de cada línea se visibiliza la tendencia a la cohesión familiar que sin mayores pretensiones fue construida desde su padre y a su vez desde su abuelo quienes tomaban decisiones para su grupo familiar con una medida aún en los momentos de dolor irascible: “Cuando la muerte de mi tío y la de mi padre aún a pesar de toda la ira que la familia sentía, mi papito les dijo a ellos (ley de los grupos) que no lo ejecutaran, que se fuera más bien ...”; el recuento de esta historia, evidencia el concepto de cohesión familiar mencionado por Olson (citado por Ferrer, Miscán, Pino & Pérez, 2014): “la definición del funcionamiento familiar es la interacción de vínculos afectivos entre miembros de la familia (cohesión) y que pueda ser capaz de cambiar su estructura con el fin de superar las dificultades evolutivas familiares (adaptabilidad)” (p.52).

Estos planteamientos hacen referencia a los apartados de las respuestas en mención, en donde el entrevistado reconoce a la figura paterna asesinada como un modelo a seguir en relación a sus acciones para con la familia que se expande a una comunidad. Situación no consciente del entrevistado hasta tiempo después de la muerte principalmente de su padre, que como él mismo lo expresa, ha crecido a partir de una madurez evolutiva impuesta por lo sucedido, pero, enseñada día a día por su grupo familiar como estrategia de enfrentamiento a su realidad.

Conclusiones

Para este ejercicio donde se escucharon las voces silenciadas, acalladas y amedrentadas de lo innombrable, de todo aquello que se quiere olvidar, pero que los sentimientos no permiten, nos indicó que no podemos ser escuchas desatentos frente a estas narraciones, en tanto el dolor que sufre la población civil por la crueldad de la violencia nos dice de lo que la mirada perdida implica, de lo que el silencio desata y de lo que la memoria recupera.

Al tenor de estas apreciaciones, escuchar a estos jóvenes nos permitió confluir con ellos en que:

Por su condición de impotencia, tienen latentes y muy marcados sentimientos de intolerancia y desconfianza consigo mismo y con el otro, lo que nos llevó como investigadoras a un acercamiento para visibilizar el dolor, teniendo en cuenta a Berger, (1986, citado por Beristain, 2000), quien hace alusión a la siguiente afirmación: “...romper el silencio de los hechos, hablar de la experiencia, por amarga o dolorosa que sea, es descubrir la esperanza de que esas palabras quizás sean oídas” (p.10); lo que supone que para resarcir el daño, deban asumir adecuados niveles de conciencia para hacer oír sus voces a partir de sus historias de vida.

El dolor empieza y prevalece en estos adolescentes frente a la muerte de sus seres queridos; se evidencia en muchos de ellos por la tristeza en su rostro, al evocar el recuerdo, acontecimiento, lo cual indiscutiblemente ha modificado su subjetividad, generando que sus sentimientos, acciones y pensamientos, estén fuertemente relacionados con el colectivo

donde se encuentran inmersos, en tanto se ha transformado su historia de vida, presentándose rupturas en las estructuras con las que venían formándose hasta ese momento.

Muchos de ellos han perdido la alegría, poco disfrutaron de las cosas que como niños o jóvenes debieron vivir; los acontecimientos de dolor afectaron continuar una vida dentro de los parámetros normales y propicios para su edad y la dificultad de no poder compartir actividades familiares que antaño se realizaran, comprometieron el tener experiencias en otros espacios totalmente desconocido para ellos y donde pueden interactuar en tanto empiezan a formar parte de una colectividad.

Estremecerse frente a la visibilización del dolor no es ajeno a la sensibilidad del ser humano; en tanto la angustia que genera la pérdida de un ser querido provoca un dolor intenso, donde un cuerpo se resiente y se enferma. Esto hizo que como investigadoras dejáramos de ser “escuchas” y nos involucráramos. Condolerse con el dolor ajeno es algo imposible de sentir, aunque no se es testigo directo de dichos eventos. Sin embargo, condolerse, conmoverse con el otro parece ser tener tiempo limitado.

Con esta investigación, aunque parezca romántico, nos queda la tarea de invitar a reconocer todo lo que genera la violencia, cómo se configura la subjetividad, para tratar de convidar a los violentos a dejar de hacerlo causando tanto dolor, miedo e incertidumbre, donde ser testigos directos de la muerte o del desplazamiento forzoso repercute en la conservación de estos eventos en la memoria, quedando en la mente imágenes perturbadoras. Desde una mirada esperanzadora, la sensibilidad frente al dolor permite el reconocimiento de la violencia como algo atroz que no se ha de perpetuar y que aunque la paz se considera una utopía, es algo que no debe visualizarse de esta manera.

Ante estas circunstancias cabe preguntarnos:

- ¿ El estar inmersos en la guerra por tanto tiempo hace que la violencia sea algo normal?
- ¿La saturación de hechos violentos, hace que ya no nos impresionamos frente a ellos?
- ¿Nuestra compasión por el dolor ajeno está dormitando?
- ¿Estamos moralmente maduros para superar estas circunstancias?.

Para buscar soluciones estamos cayendo en el error de no reconocer a los individuos como sujetos con historia, con una vida externa, con marcas, con interacciones, con un lenguaje que debemos saber escuchar para comprender las situaciones que ocurren al día a día. La invitación se da entonces, para traducir en acciones esos sentimientos de dolor, de impotencia, de miedo para no entrar en la indolencia que insensibiliza y que embota las emociones.

Referencias bibliográficas

- Beristain, C.M. (2000). *Justicia y Reconciliación. El papel de la verdad y la justicia en la reconstrucción de sociedades fracturadas por la violencia*. Bilbao, España: Lankopi, S.A.
- Bloch, M. (1982). *Introducción a la historia*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Burbano, Y. y Cortez, I. (2013). *Prácticas pedagógicas y emociones*. (Tesis de Maestría). En:
http://ridum.umanizales.edu.co:8080/xmlui/bitstream/handle/6789/790/Yojanna_Burbano_Cadena_2013.pdf?sequence=3
- Díaz, A. (2012). *Sobre la subjetividad*. [PDF].
- Ferrer, P.; Miscán, A.; Pino, M. y Pérez, V. (2014). Funcionamiento familiar según el modelo Circumplejo de Olson en familias con un niño que presenta retardo mental. *Enferm Herediana.*, 6(2), p.51.
- Galeano, E. (1996). La memoria subversiva. *Tiempo: reencuentro y esperanza* (96). Guatemala: ODHAG.
- Gurdián, A. (2007). *El paradigma Cualitativo en la Investigación Socio-Educativa*. San José de Costa Rica: Printcenter.
- Ibáñez, M. (2010). *Tres veces víctimas. Víctimas de la violencia, el silencio y el abandono*. Médicos Sin Fronteras.
- Meertens, D. (2002). Desplazamiento e identidad social. *Estudios Sociales*, 11 (11), 101.
- Organización Panamericana de la Salud [PAHO] para la Organización Mundial de la Salud [OMS]. (2008). *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. Washington, D.C.
- Pérez, M. A. R. (2012). El desarraigo y la crisis educativa. *Científica FAREM-Estelí*, 1(2).
- Rodríguez, M. y Rubiano, S. (2016). Salud mental y atención primaria en salud: una necesidad apremiante para el caso Colombiano. [PDF]
- Ruiz, S. (2002). Impactos psicosociales de la participación de los niñ@s y jóvenes en el conflicto armado. En: *Conflicto armado, niñez y juventud: una perspectiva psicosocial*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia y Fundación Dos Mundos.
- Valdés, Teresa (1988). *Venid benditas de mi padre*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Zemelman, H. (1996). *Problemas antropológicos y utópicos del conocimiento*. México: El Colegio de México.

Acerca de las autoras:

Angela María Cadavid Marín, magíster en Educación Docencia, Universidad de Manizales. Licenciada en Educación Física, Universidad de Caldas. Docente Investigadora, Universidad de Manizales. Investigadora Grupo de investigación Educación y Pedagogía: saberes imaginarios e intersubjetividades – Línea de Investigación Gestión Educativa, Universidad de Manizales. Email: acadavid@umanizales.edu.co. ORCID <https://orcid.org/0000-0002-2337-0798>

Gloria Inés Correa Aristizábal, magíster en Pedagogía y Desarrollo Humano, Universidad Católica de Pereira. Especialista en Edumática, Universidad Católica de Pereira. Especialista en desarrollo del Potencial Humano, Universidad Antonio Nariño. Pedagoga Reeducadora, Universidad Luis Amigó. Docente Transitoria, Universidad Tecnológica de Pereira. Investigadora Grupo GELE, Universidad Tecnológica de Pereira. gica@utp.edu.co

Maryluz Aponte Sarmiento, magíster y Especialista en Pedagogía y Desarrollo Humano, Universidad Católica de Pereira. Psicóloga, Universidad de Manizales. Profesional Social Primera infancia: Infancia, Adolescencia, Juventud y Familia (PIIAJF). Fundación Caicedo González, Riopaila, Castilla. Email: maponte978@hotmail.com

Yuliana Andrea Marín Londoño, magíster en Pedagogía y Desarrollo Humano. Universidad Católica de Pereira. Especialista en Edumática, Universidad Católica de Pereira. Licenciada en Pedagogía Infantil, Universidad del Tolima. Docente de Preescolar, Liceo Bilingüe CIDEB. Email: yuliana.m.l@hotmail.com